

“Que la sangre de la tierra no derrame la del pueblo. No compre vino chileno”. Eran los años 70 y en Edmonton, Canadá, los llamados a boicotear los productos provenientes del Chile de Pinochet se sucedían sin parar. En rayados en las calles, en insertos en publicaciones, en cualquier medio que lo permitiera.

De un completo estudio sobre el origen y la evolución del vino en el país, y de decenas de detalles como el anterior, está compuesto el libro *Historia del vino chileno*, publicado por Editorial Universitaria dentro de su colección Imagen de Chile.

Su autor es el historiador viñamarino José del Pozo, radicado en Montreal desde 1974. Allí, estimulado por la creciente presencia de vino chileno en el mercado canadiense a partir de 1990, decidió trabajar en la recopilación del devenir de esta bebida tan ligada a la idiosincrasia nacional desde que los conquistadores españoles introdujeron las primeras cepas en el siglo XVI. Y lo hizo tomando en cuenta la perspectiva comercial, pero también puntos de vista políticos y sociales.

¿A qué se debe su afirmación de que la creencia de que Chile es un país de vinos es un mito? Es paradójico en este tiempo en que el vino nacional está viviendo una especie de boom de imagen y diseño.

—Sí, yo he notado eso, pero hay que distinguir dos cosas. Si bien hay una cierta moda de tomar buen vino, el consumo de ese producto ha bajado mucho en los últimos 30 años. A estas alturas, más de la mitad del vino que se produce en este país se exporta, y es ahí donde yo pongo el signo de interrogación, porque creo que se puede afirmar que ningún país productor de vino exporta tanto como Chile.

—Y también tengo dudas históricas, porque, mirando retrospectivamente, en la época de la colonia aquí se tomaba más chicha que vino. Por eso, el vino hay que mirarlo como un cuerpo vivo que ha tenido que ganarse un mercado y que lo había comenzado a perder, por lo que tuvo que buscar nuevos medios para darse a conocer, elementos que atraigan a los consumidores en base, ya no a la cantidad, sino a una cierta calidad, asociada, me imagino, con un mejor nivel de vida.

¿Y por qué esa baja?

—La explicación que yo más he escuchado es que la cerveza le ha ido quitando espacio al vino en base a fuertes campañas publicitarias. Esa es una tendencia que afecta a todos los países tradicionalmente produc-

tores de vino. En Francia, España y Portugal también se toma menos vino; en cambio, los países no tradicionalmente productores están aumentando su consumo.

Hay un reordenamiento del mercado, entonces.

—De ahí la importancia de la exportación.

Pero eso no significa que haya una baja en el consumo de alcohol o en el nivel de alcoholismo en el país, sino un cambio en los medios de alcoholización. ¿O no?

—Sería interesante que alguien profundizara en ese tema a través de algún estudio antropológico o médico, porque yo lo trato, pero desde la periferia. Lo que sí puedo decir es que durante un período de 60 ó 70 años, el alcoholismo en Chile estuvo asociado al vino. De hecho, en el libro muestro cosas realmente asombrosas, como que en 1919 *La Nación* y *El Mercurio* hacían campañas para que los viñateros arrancaran sus viñas. El alcoholismo era tan grave que se les pedía que dejaran de producir, porque la raza, como se decía entonces, se estaba enfermado.

¿Eran campañas estatales?

—Había ciertos gobernantes que querían dar el ejemplo: Arturo Alessandri arrancó las viñas de su fundo y plantó árboles frutales; y creo que Jorge Montt había hecho ante-

ros. Era como una lucha social. La cornigona parecía ser “No sigamos enriqueciendo a los que nos explotan, que además están destruyendo nuestra salud”.

Y por lo que usted ha dicho tuvieron éxito.

—Claro, la gente empezó a consumir menos vino, hasta el punto que el viñatero dejó de ser el malo. Ahora que se consume más cerveza y licores fuertes, ya no necesita defenderse.

Por el contrario, el vino es una de las bebidas más aceptadas socialmente.

—Porque contribuye a dar una buena imagen del país, que fue lo que me pasó a mí. Yo vivo en Canadá y en parte se me ocurrió hacer este libro cuando me di cuenta de que las exportaciones chilenas comenzaban a crecer.

¿Fue muy notorio?

—Cuando yo me fui a vivir allá, hace 24 años, encontrar vino chileno era muy difícil. Unos siete años después comenzó a haber un poquito más, pero también había campañas de boicot a causa de Pinochet.

—La gran exportación de vino chileno empezó a fines de la dictadura: o sea, no es descabellado pensar que ese período en realidad perjudicó las exportaciones.”

JOSE DEL POZO

El historiador

Cubriendo un período que va desde la colonia a la actualidad, este autor viñamarino estudió en detalle el devenir de esta codiciada bebida, materia prima de borracheras, amores, crímenes, poemas, grandes negocios y quién sabe cuánta cosa más.

riormente algo parecido.

—Pero donde más denuncias había era en la prensa obrera. Esa fue una fuente que exploté lo suficiente para constatar que era un tema constante en los diarios de principios de siglo. Porque el alcoholismo era más dramático en la clase obrera y porque en esos medios la denuncia del alcoholismo estaba unida a la denuncia del poder de los viñate-

Pero antes de los 90 tampoco se habían hecho esfuerzos realmente serios por exportar.

—Yo analizo ese tema, siempre con la misma pregunta: ¿Por qué antes no se exportaba? Y llegué a la conclusión de que los viñateros no necesitaban hacerlo. El mercado chileno absorbía toda la producción: la gente tomaba mucho y la tasa de rentabili-

AUTORÍA

Autor secundario:Robino Z., Carolina

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El historiador del vino [artículo] Carolina Robino. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa